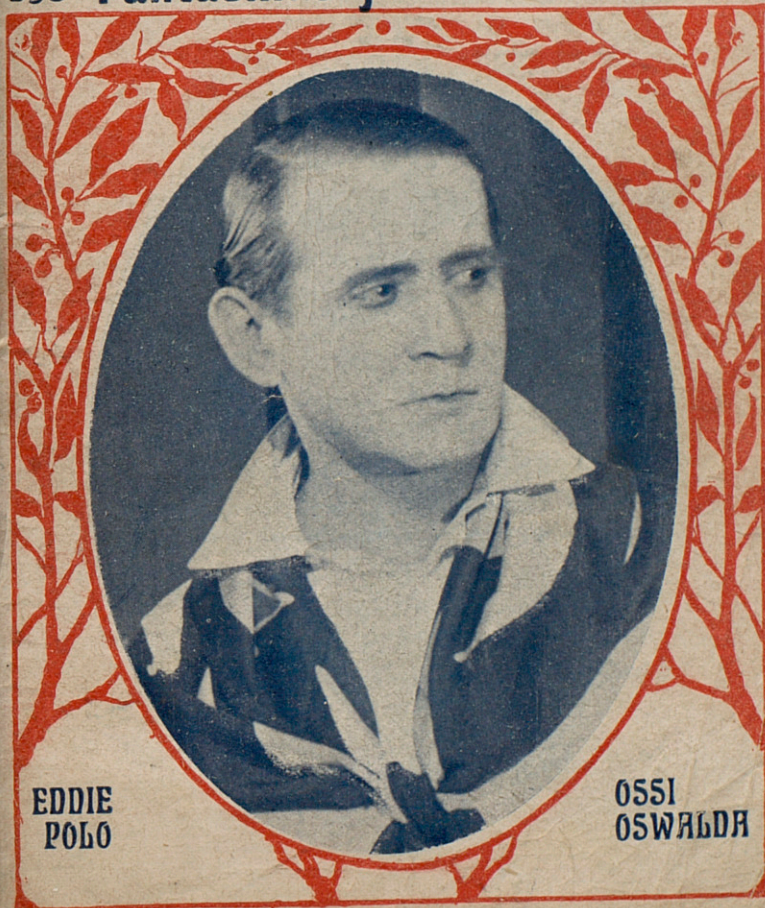


Biblioteca-Films

258 7.^o Fantasma y enamorados 25 CTs.



EDDIE
POLO

OSWALDO

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

Redacción, Administración y Talleres:
Calle Valencia, 234-Apartado 707

Sdad. Gral. Española de Librería: Barbará, 16

B A R C E L O N A

AÑO V

APARECE LOS MARTES

Núm. 258

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

EDDY POLO MIT PFERD UND LASSO

Fantasmas y enamorados 1923

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por el gran caballista, el celebre actor

E D I E P O L O

Exclusiva del Programa ARREBOL

Calle Aragón, 225 - BARCELONA

REPARTO

Edie **EDIE POLO**
Condesita de Arrebol **Ossi Oswald**

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

PRIMERA PARTE

A algunos kilómetros de la nebulosa ciudad londinense, se hallaba situada la magnífica posesión de la joven condesa de Arrebol, con su suntuoso y espléndido castillo, sobre el que pesaba la terrible leyenda, perpetuada entre las buenas gentes del contorno, que afirmaban que la suntuosa mansión servía de refugio demoníaco de fantasmas y vestiglos.

Indiferente, al parecer, a las escalofriantes narraciones, en la ausencia de la condesa, administraba el castillo y sus posesiones, el nada simpático Enrique Ward.

Una mañana, se levantó éste más temprano que de costumbre y llamando al nuevo ayuda de cámara, que desde hacía varios días había entrado al servicio del castillo, le dijo:

—Andrés, espero de un momento a otro la llegada de la señora condesa, y deseo que todo esté bien dispuesto.

—Descuide, señor—respondió el criado— la señora condesa lo encontrará todo en perfecto estado.

Era Enrique Ward un sujeto ambicioso, consumido por la envidia y el despecho que alberga la quimérica ilusión de poder seducir algún día, con su ridícula elegancia, a la joven propietaria del castillo. El ser dueño de aquellas tierras, que significaban una inmensa fortuna era para él el sueño acariciado.

Apenas había acabado de hablar con el criado, cuando se oyó a lo lejos el ruido producido por un carruaje que llegaba y poco después apareció la condesita de Arrebol, más bella, más fragante, si cabe, que nunca.

—¡Bienvenida sea la señora condesa! — exclamó Enrique, saludándola con una estudiada reverencia.

—¡Hola, Enrique!—contestó la condesita, bajando del coche y ofreciéndole la mano al administrador—. ¿Ocurre alguna novedad?

—¿Por qué lo dice la señora?—preguntó Enrique.

—Porque veo caras nuevas entre la servidumbre — respondió ella señalando hacia Andrés.

—Es el nuevo mayordomo—le explicó Enrique—. Un hombre de toda confianza, y además un servidor excelente.

La condesita Aurora de Arrebol, sin preocuparse más, entró seguida de su administrador al castillo y aquél empezó a decirle:

—No sabe la señora la alegría tan grande que me produce esta visita.

Aurora se le quedó mirando seriamente y después, echando a broma las palabras de su administrador, le respondió:

—Le suplico, Enrique, que no empiece tan pronto a hacerme el amor. Estoy muy cansada del viaje y quiero estar tranquila.

—¡Aurelia!—suplicó él, arrodillándose ante ella—. ¿Por qué se complace en martirizarme... no comprendo que yo no puedo vivir sin su amor?

—Pues, es preciso resignarse—volvió a decirle la condesita, sin cesar de reír, a la vez que hablaba por teléfono con su vecina y compañera de colegio, Violante Smith.

—Acabo de llegar—le dijo—y lo primero que hago es telefonearte. ¡No sabes las ganas que tengo de verte, después de dos años de separación!

—¡Yo también!—contestó la amiguita—. Prepárate a recibir un beso por cada día que no nos hemos visto.

—Pues ahora mismo voy por ellos—respondió Aurora.

Y, en efecto, media hora después emprendía el camino que había de conducirla a la posesión de su amiga.

SEGUNDA PARTE

Violante Smith era una preciosa muchacha, huérfana de padres y sin más familia que su primo Eddie, un mocetón simpático a carta cabal, de mirada noble y gesto altivo, que había venido de las llanuras del Oeste para acompañar a su prima y para ayudarle en la complicada administración de sus bienes. A pesar de vivir en Europa, no había podido amoldarse a sus costumbres, y vestía como los vaqueros de su país, sin preocuparse de la curiosidad que despertaba en la gente su vestuario.

Hecho a la vida del campo, su mayor ilusión era la de correr las vastas extensiones de terreno que formaban la finca de su prima y cuidar del ganado y de todo cuanto en ella había, con el mismo cariño que si fuese cosa propia. Por su simpatía, era querido de todos y la fuerza de sus puños, que en más

de una ocasión había derrotado a un novillo descarriado, le habían convertido en la admiración de cuantos le conocían.

Al venir a España no había querido desprenderse de sus seres más queridos: de "Aguila", el brioso corcel que él mismo había domado y de Jimmy, su criado de confianza, regordete y zumbón, como un nuevo Sancho Panza.

Pronto las dos amigas se estrecharon en un cariñoso abrazo y Aurora, para demostrarle que no había dejado de interesarse por ella, le dijo:

—Me han dicho que a tu vuelta de América te has traído a tu primo Eddie.

—Sí—respondió Violante—. Gracias a él mis asuntos marchan admirablemente. Es un hombre conocedor como pocos de las cuestiones del campo y que además ha metido en cintura a los que intentaban robar.

—Siempre he sentido una viva curiosidad por esos hombres del Oeste—respondió a su vez la condesita.

Ward, a quien no le hacía ni chispa de gracia aquella admiración que la joven condesa demostraba por el vaquero, intentó quitarle méritos y exclamó despreciativamente.

—Hubo un tiempo en que esos hombres llamaron la atención del populacho. Hoy han perdido todo su valor, hasta en las películas.



En el casino se celebraba un baile de disfraces.

—Sin embargo—insistió Aurora al comprender que sus palabras mortificaban a su presumido pretendiente—a mí no han dejado nunca de interesarme.

Hasta ellos llegó entonces la voz fuerte y varonil de un hombre que en su tono de energía demostraba su costumbre de mandar, y Violante dijo:

—¡Has tenido suerte!... Si quieres ver a mi primo, ahora llega.

—Servidor, señorita—exclamó jovialmente Eddie entrando—. Es costumbre mía ade-

lantarme siempre a los deseos de las mujeres bonitas.

No pasó desapercibida para el administrador la mutua impresión que se habían causado los dos jóvenes, y para evitar que la conversación pudiera deslizarse por algún derrotero peligroso, intervino diciendo:

—Le aconsejo, señora, que volvamos al castillo. No es muy prudente el ir de noche por ciertos caminos.

—Verdaderamente, es una lástima el que nos despedamos tan pronto—se lamentó Violante.

—Todo puede arreglarse — propuso la condesita—. Tú y tu primo os venís conmigo y pasaremos la velada más animada.

Aceptada la proposición, regresaron de nuevo al castillo de Arrebol, y de sobre mesa recayó la conversación sobre los fantasmas de que tanto hablaban los campesinos.

—Nunca he creído en tales historias — exclamó Eddie—. Estoy seguro de que si alguna vez me saliera uno de esos fantasmas, el que llevaría peor rato sería él.

—Le advierto — respondió Enrique, poniendo en sus palabras un tono de manifiesta incredulidad — que las valentonadas con esa clase de seres, son inútiles.

Aurora comprendió que la discusión iba a adquirir visos de una violenta disputa y terminó diciendo:

—Yo, por mi parte, estoy segura. Nadie sabe dónde guardo las joyas de mis antepasados, que representan una verdadera fortuna. Ustedes son de confianza y puedo enseñárselas.

Los condujo a una sala, donde se hallaban expuestos los retratos de sus antecesores, y tocando a un dedo de una armadura que había colocada en un rincón de la estancia, uno de los cuadros osciló y dejó al descubierto un hueco en el que se hallaban depositadas las joyas de que antes hablara.

—¿No teme usted que puedan ser robadas aquí?—le preguntó Eddie.

—No hay cuidado—contestó Aurora—. Este tabique da a un antiguo pasadizo, tan viejo que ya mi abuelo desconocía su situación.

—Sin embargo — insistió Eddie—no me parece muy prudente.

—Ya le digo que no hay posibilidad de un robo—repuso otra vez la condesita—. Para llevarlo a cabo, solamente hay dos medios: conocer el mecanismo, y esto solamente lo sabemos nosotros cuatro, o derribar el muro por el desconocido corredor, cosa también imposible.

Transcurrieron algunas horas en deliciosa charla, hasta que Violante expresó su deseo de regresar a su casa.

—¿Pero, no tienes miedo?—le preguntó extrañada Aurora.

—Viniendo conmigo Eddie, ninguno—contestó su amiga, confiada en el valor de su acompañante.

—Aquí no hay motivo—intervino éste sonriendo—. La vida en Europa es desesperadamente tranquila, sin la menor emoción.

—¿Será porque usted no la desee? exclamó Ward—. Dese un paseo por el barrio chino de Londres, y las encontrará a centenares.

Durante las horas que transcurrieron desde la marcha de Violante hasta el día siguiente, la bella condesita de Arrebol tuvo un solo pensamiento, una sola figura embargó durante toda la noche su mente, y ésta era la arrogante figura de Eddie y la simpatía que irradiaba su perenne sonrisa de hombre confiado y seguro de sí mismo.

Sin embargo, para Ward la aparición de Eddie venía a dificultar la posibilidad de poder realizar sus ansiosos deseos y desde aquel momento concibió la idea de hacerlo desaparecer tan pronto como se le presentara la ocasión.

Durante la ausencia de su dueño, del día anterior, Jimmy no había perdido el tiempo, y mientras le hacía el amor a la pequeña Dorothy, una chiquilla que había vivido en el

castillo de la condesita de Arrebol, le preguntó:

—Oye, ¿es verdad lo que cuenta de los fantasmas del castillo?

—Todo lo que dicen es cierto—respondió ingenuamente la muchacha—. Yo no los he visto, pero Andrés, el mozo de cuadra, podrá decirte lo que vió una vez.

—Cuenta, cuenta—le dijo Jimmy a Andrés, que en aquel momento se había acercado al grupo y oído las últimas palabras de Dorothy.

—Yo no vi nada—respondió éste—porque cuando ya estaba a punto de descubrirlo, el ayuda de cámara me lo impidió.

Y acomodándose mejor en el banquillo donde estaba sentado, empezó su narración, diciendo:

—Hace cuestión de dos semanas, sin saber cómo, me colé por un pasillo del castillo que nunca había visto, cuando de pronto se abrió una puerta y...

—¡Apareció un fantasma!—le interrumpió Jimmy con los pelos de punta.

—No, hombre—respondió el mozo—; el que apareció fué el mayordomo, y me dijo: “¿Qué vienes tú a hacer aquí?” Yo me quedé sin saber lo que responder, porque verdaderamente no me hizo ninguna gracia aquella repentina aparición, hasta que al fin pude reponerme, y exclamé: “Me he perdi-

do por este laberinto y no sé dónde estoy."

—¿Y después, qué pasó?—preguntó impaciente Jimmy.

—Después, nada. Yo me marchó por donde había venido y no he vuelto a entrar más por aquel sitio.

Toda esta conversación, tal y como la había oído, se la contó momentos después a su amo, quien desde entonces no dudó ya de que el único fantasma que existía en el castillo era el mayordomo.

Aquella noche volvieron nuevamente a casa de su amiga, Eddie y su prima, y el administrador, que no podía ocultar la antipatía que sentía por el antiguo cow-boy, le dijo:

—¿No decía usted que en Londres no había emociones?... Pues, si usted quiere, podemos ir al barrio chino, y yo le aseguro que encontrará cuantas desee.

—Aceptado—contestó Eddie, que vió en las palabras del administrador una especie de reto; pero a condición de que las mujeres no vengan.

—¡Eso de ningún modo!—exclamó la condesitadesita—. Yo quiero ser de la partida. Además, estando usted, me parece que nada malo puede ocurrirme.

TERCERA PARTE

Minutos después marcharon con dirección a la capital, y no tardaron en llegar a uno de esos barrios bajos que existen en todas las grandes capitales y que son verdaderos albergues de ladrones y gentes que siempre van huyéndole a la justicia.

Hombres y mujeres se hallaban en aquel momento contemplando la pelea de dos hombres tenidos por todos por los más valientes de la partida, y la presencia de los extranjeros amainó los ánimos, haciendo que cada uno volviera a ocupar su sitio.

Desde el lugar en que estaba sentado "El Zurdo", el hombre que más miedo imponía a todos los de su calaña, éste empezó a hacer señas a la condesita, hasta que Eddie llamó al dueño y le dijo:

—Dígale a aquel hombre que se pone muy feo haciendo esas tonterías, y que si no se está quieto se lo diré de otra forma que no le agradará mucho.

El dueño del establecimiento se quedó mirándolo, como quien ve visiones, extrañado

de que hablase de tal forma a un hombre como "El Zurdo". Y le dijo:

—Señor, le aconsejo que nose meta con ese hombre es de lo peor que hay.

—No se apure—contestó Eddie—. Cumpla mi encargo y nada más.

Ante la orden terminante de éste, el dueño se acercó al truhán y le dijo:

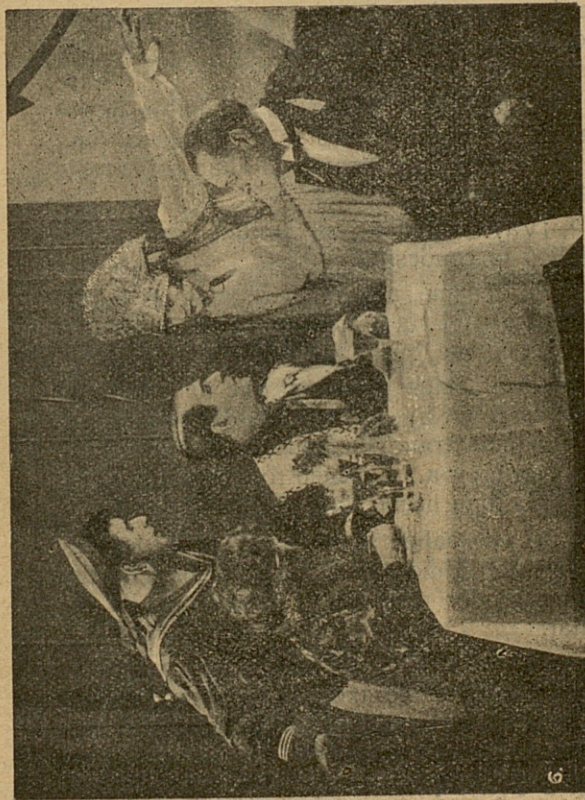
—"Zurdo", haz el favor de no meterte con los parroquianos.

—¡Yo hago lo que me da la gana!—exclamó el granuja—. ¡Al que no le guste, que se vaya!

Eddie, al oír la contestación, se quitó tranquilamente la americana y se acercó adonde estaba "El Zurdo", que a su vez se había levantado, y le dijo:

—¡Aquí, el único que está sobrando es usted, y si vuelve a mirar otra vez a esta señorita, le pesará!

"El Zurdo", ante la amenaza del desconocido no esperó más y se abalanzó sobre él; pero antes de que pudiera ejecutar sus criminales deseos, un tremendo puñetazo de Eddie lo hizo rodar por tierra. Intentó levantarse nuevamente, pero otro segundo golpe lo derribó otra vez y entonces todos los que se hallaban en el café se dispusieron a la defensa de su compañero. No por eso se amilanó el intrépido "cow-boy", sino que, resguardando la espalda contra la pared, em-



Jimmy dió cuenta inmediatamente de lo que acababa de ver.

pezó a repartir puñetazos a diestro y siniestro, hasta que quedó hecho el amo del cotarro.

Al comenzar la pelea, Ward había hecho salir a las mujeres, y éstas, desde fuera, oían el ruido de la reyerta con el alma sobrecogida de espanto.

—¡Vaya usted en su auxilio, Enrique!—suplicó la condesita.

—Perdóneme, señora—respondió el administrador—. Esta es una clase de gente con la que no me gusta tener cuentas.

Al decir estas palabras, que demostraban toda su cobardía, apareció Eddie poniéndose la chaqueta tranquilamente, y las dos jóvenes corrieron a su encuentro, preguntándole:

—¿Le han hecho daño?

—Ni eso saben hacer—respondió despectivamente Eddie—. Todavía tienen mucho que aprender para poder boxear medio regular.

La hazaña de Eddie acabó por conquistar por completo el corazón de la joven condesita, y la simpatía que desde un principio sintiera por él, se convirtió en un profundo amor, que no pasó desapercibido para el administrador.

Cuando volvieron al castillo era ya demasiado tarde, y la condesita le rogó a su amiga:

—No os vayáis. Después de las emociones de esta noche, no podría quedarme sola.

—¿Tiene usted miedo a los fantasmas?—le preguntó Ward burlonamente.

—Jamás he sentido miedo—contestó francamente la joven—; pero en esta ocasión, lo confieso, me da reparo el quedarme sola.

—Si es por eso, tendremos mucho gusto en hacerle compañía—exclamó Eddie sentándose a su lado.

Ward comprendió que nada tenía que hacer allí y se retiró excusándose:

—Ustedes me dispensarán; pero mañana me espera un gran día de trabajo y he de levantarme temprano.

Pero el trabajo del administrador consistió en aguardar unos momentos, para cubrirse con un manto negro y aparecer por el pasillo del corredor, proyectando su sombra fantástica.

Al verla, las mujeres lanzaron un grito de terror, y Eddie, empuñando la pistola, salió en su persecución. Corrió por varios pasillos del castillo detrás del fantasma, pero no lo pudo conseguir. Inmediatamente entraron en el cuarto del administrador y vieron a éste que dormía tranquilamente.

—¿No ha oído usted nada?—le preguntó la condesa.

—No, señora—respondió, levantándose de la cama—. ¿Ha ocurrido algo?

—Acabamos de ver un fantasma—volvió a decir ella.

Ward sonrió irónicamente y mirando de reojo a Eddie, respondió:

—Por lo que veo, los fantasmas no han querido respetar la presencia del señor Eddie...

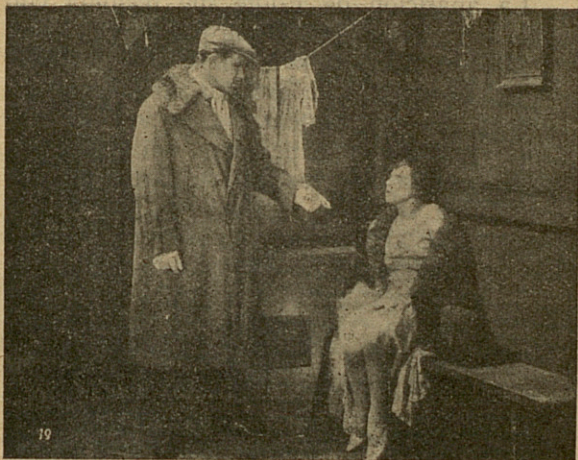
—Ni tienen por qué—respondió secamente éste—. Lo único que le digo, es que desde hoy, si la señora condesa me lo permite, me dedicaré a descubrir al que ha tenido la idea de darnos una broma de tan mal género.

A ruegos de Eddie, la condesa y su amiga se acostaron, y él permaneció durante toda la noche vigilando, por si acaso al fantasma se le ocurría volver nuevamente; pero por lo visto le había bastado con su primera tentativa, y no volvió a dar señales de vida en todo el resto de la noche.

Al día siguiente se recibió en el castillo la visita de un comprador, y el administrador, sin dejarlo hablar con la propietaria, le dijo:

—La señora condesa no está aquí. Además, es inútil que hable usted con ella; tengo amplios poderes para vender el castillo y las tierras que lo rodean por el precio de medio millón de libras.

—Acepto la cantidad—respondió el comprador, creyendo de buena fe las palabras del administrador—. Esta tarde le podré hacer efectiva la cantidad.



Le aconsejo que no sea tonta y acepte ser mi esposa.

Y sin que la condesita de Arrebol supiera nada, había quedado cerrada la venta del antiguo castillo por un precio mucho más inferior del que en realidad valía.

Era aquel día, día de fiesta en el pueblo. En el casino, único sitio donde podía distraerse la gente joven, se celebraba un baile de trajes y a él asistieron, vistiendo cada uno un disfraz, a condesita, su amiga y el administrador. Poco después apareció Eddie vestido de "cow-boy" y detrás, ajenos completamente a que allí estuvieran sus amos, Jimmy y su novia.

La aparición de Eddie fué recibida con una salva de aplausos, que produjeron en el ánimo de Ward la peor impresión. No obstante, se abstuvo de exteriorizar su mal humor, y tuvo que contentarse con ver cómo su ama y el americano bailaban, sin que él pudiera, ni una sola vez, ser su pareja.

Cuando ya hacía varias horas que se hallaban allí, apareció el comprador del castillo, y llamando a Ward aparte, le dijo:

—Señor Ward, me es imposible entregarle a usted la cantidad que le prometí. No tengo aquí dinero suficiente y únicamente puedo anticiparle cien mil libras.

—Está bien—respondió el administrador.—Tomaré por lo pronto esta cantidad y espero a que mañana me satisfaga usted el resto, para poderse hacer cargo del castillo.

Una vez tuvo la suma en su poder, salió afuera, y subiendo al carruaje en que habían ido, llamó al "botones" y le dijo:

—Acércate a la señora condesa y, sin que nadie te oiga, dile que salga para un asunto muy urgente.

El "botones" entró en el baile, y aprovechando la ocasión de que Eddie hablaba con su prima, le dijo:

—Un caballero me ha dicho que haga usted el favor de salir un momento para un asunto muy urgente.

No pensó la condesita en la trampa que le

preparaba su administrador, y sin advertir a nadie de su salida, salió a la puerta donde estaba Ward, que le dijo:

—Es preciso que volvamos inmediatamente al castillo.

—¿Ocurre algo grave?—preguntó ella extrañada.

—Ahora, nada puedo decirle. Solamente le aconsejo que se venga conmigo.

—Espere un momento—contestó la condesita—. Llamaré a mis amigos.

—No es necesario—ordenó, más que otra cosa, el administrador—. Ha de ser sola.

—¡Entonces, no iré!—respondió decidida ella.

Ante su negativa, Ward no tuvo paciencia para esperar más y, agarrándola fuertemente por la muñeca, la hizo subir al coche y partió a toda velocidad.

La última parte fué vista por Jimmy, que entró inmediatamente al baile para dar cuenta a su dueño de lo que acababa de ver.

—¡Mi caballo!—gritó Eddie.

Y momentos después partía como una exhalación detrás del miserable, que pretendía arrebatarle a la única mujer que había sabido hacer latir su corazón al impulso de un amor, tan puro como desinteresado.

Ward le llevaba demasiado ventaja para poderle dar alcance; pero así y todo, no desmayó Eddie, sino que continuó en su frené-

tica carrera, cortando por precipicios y barrancos, decidido a toda costa a rescatar a la condesita.

Esta había sido llevada a una cabaña que Ward tenía preparada desde hacía días en plena montaña, y una vez encerrada en ella, le dijo:

—Le aconsejo que no sea tonta y acepte ser mi esposa voluntariamente.

—¡Nunca!—exclamó ella—. ¡Prefiero antes la muerte que ser la esposa de un miserable como usted!

—Le advierto que sus insultos no le servirán para nada—le dijo nuevamente el administrador. —Estoy decidido a todo antes que perderla.

—¡Y yo antes que ser de usted!—respondió a su vez la joven, desafiándole con la mirada.

Aquel gesto de suprema arrogancia hacía resaltar aún más la belleza de la condesita, y Ward, sin poderse contener por más tiempo, cayó sobre ella, intentando besarla.

Forcejearon los dos, y la condesita, en un supremo esfuerzo, consiguió separarse de él y se encerró en una habitación que había allí mismo.

Desesperado al ver que se le había escapado la presa que ya consideraba segura, Ward intentó inútilmente forzar la puerta,

hasta que un ruido del exterior le hizo prestar atención.

Era Eddie, que había conseguido dar con el escondite de Ward y que se presentaba de improviso. Enrique se escondió detrás de la puerta y cuando el americano entró en la cabaña cayó sobre él y pretendió asesinarlo. Antes de que pudiera hacerlo se desprendió de él y entre los dos hombres empezó una lucha imponente. El uno defendía la mezquindad de sus sentimientos, mientras que el otro peleaba por la sublimidad de su amor. Más que seres humanos parecían fieras que se atacaban sin compasión, luchaban con el afán de hombres desesperados, y sus rostros, manchados de sangre, ofrecían un aspecto tétrico. Ward se defendía tenazmente, pues no carecía tampoco de fuerzas suficientes para hacerle frente a su adversario, y Eddie tuvo que luchar denodadamente hasta conseguir reducirlo.

Al ruido producido por la lucha apareció la condesita, y Eddie le dijo:

—Tome el carruaje que está en la puerta y vuelva al baile, mientras yo dejo a este pájaro en sitio seguro.

Obedeció ella la orden recibida, y mientras se presentaba en el baile, Eddie llevaba al prisionero a casa del juez, a quien se lo entregó diciéndole:

—Aquí le dejo a este individuo, que ha pretendido robar a la condesa de Arrebol.

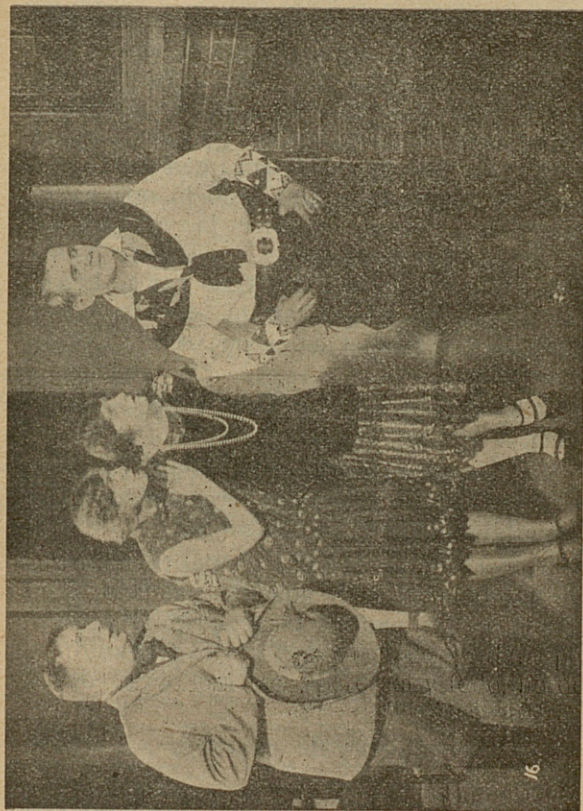
El nombre de la condesa era por sí sólo suficiente para que todos los habitantes del contorno hicieran cuanto estuviera a sus alcances para complacerla, y el juez, amarrando al detenido, le contestó:

—Marche tranquilo, que lo deja en buenas manos.

Pero al poco de marcharse Eddie, Ward supo darse buenas trazas para escapar del poder del representante de la justicia, y corrió a ocultarse de nuevo en el castillo.

CUARTA PARTE

Nadie en el baile se había dado cuenta de lo que había ocurrido, hasta que la pequeña Dorothy fué contándolo. La alarma que se produjo fué enorme. Varios hombres se ofrecieron a salir en busca del administrador, pero cuando fueron a hacerlo se presentó la condesa y todos fueron a preguntarle si le había ocurrido algo.



Las alhejas habían sido sustraídas.

—Nada, señores, muchas gracias—respondió la joven, agradeciendo el interés que todos demostraban por ella—. Por fortuna Eddie llegó a tiempo y ha sabido librarme, exponiendo su vida, de las garras de aquel miserable, que ya estará encarcelado.

Al terminar de relatar todo lo que había ocurrido, haciendo resaltar la valentía de Eddie, se presentó éste y cuantos se hallaban allí corrieron a felicitarlo por su heroica acción, sin sospechar que en ella había influido también el amor que sentía por la condesita.

—Le debo a usted la vida, Eddie—le dijo ésta.

—Acuérdese que tiene una deuda conmigo—respondió el americano bromeando—, tal vez algún día se la quiera cobrar.

El corazón de la bella condesita presentía lo que querían decir aquellas palabras, pero antes de que pudiera contestarle, se presentó el comprador del castillo y le preguntó:

—¿Es cierto lo que me han dicho de su administrador?

—Desgraciadamente es cierto — repuso ella.

—Entonces, ¿no es verdad que tenía poderes suyos para vender el castillo?—volvió a preguntarle.

—Nunca se los di, porque siempre tuve

sospechas de lo que era—le contestó la condesa.

Y el pobre hombre, al comprender que había perdido el dinero que acababa de entregarle se mesaba la cara desesperado.

Eddie concibió una fundada sospecha y le dijo a la propietaria del castillo:

—Lo que ha ocurrido con este hombre me hace temer de que Ward, sabiendo el lugar en que estaban escondidas su joyas se haya apoderado de ellas.

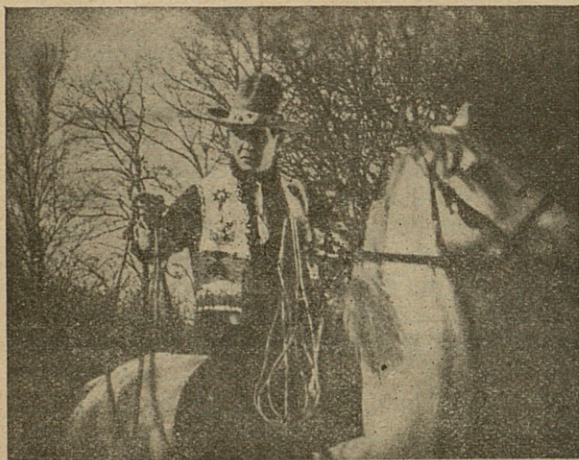
—Lleva razón—exclamó sobresaltada la condesita—. Vamos a asegurarnos inmediatamente.

La noche había tendido ya su negrura sobre todos los objetos cuando llegaron al castillo. Inmediatamente fueron a ver el lugar donde estaban escondidas las alhajas y, como sospechó Eddie, estas habían sido sustraídas.

Por la parte posterior del escondite se advertía que la pared había sido violentada y Eddie exclamó:

—El ladrón las ha robado por el pasillo que usted dijo. Esto indica que alguien estaba enterado de su existencia, además de nosotros.

Y sin atender a los consejos de su prima y de la condesa, se internó por el misterioso corredor, en busca de la persona que podía haber robado las joyas. Después de andar un buen trecho creyó percibir un leve ruido



Deslió el lazo...

y vió que la misma sombra que días antes había aparecido en el castillo se deslizaba cautelosamente en busca de una salida que necesariamente había de tener aquel subterráneo. Sin perderlo de vista, pero evitando todo ruido que pudiera denunciar su presencia, siguió a la sombra y vió que ésta, al llegar a la desembocadura de aquella especie de túnel, montaba a caballo y huía hacia el monte. Precisamente la salida estaba al lado de las cuadras y no le fué difícil a Eddie apoderarse de su caballo y continuar la persecución de aquel desconocido,

que al verse seguido obligó a su cabalgadura a forzar la marcha. Pero el caballo que montaba Eddie no era de los que se dejaban ganar fácilmente y, cortándole el camino, pronto lo tuvo a su alcance. Deslió el lazo que llevaba atado delante de la montura y la cuerda, después de cruzar el espacio, se enrolló en el cuerpo del que huía, imposibilitando sus movimientos y dando con él en tierra.

Eddie le quitó el manto que cubría su rostro y quedó asombrado al encontrarse nuevamente con Ward.

—¡Ah, tunante!—le dijo—. Has conseguido huir de la justicia, pero yo te prometo que ahora no te escaparás. ¡Dime dónde tienes las joyas que has robado!

—Yo no he robado nada—contestó el administrador—. Cuando fuí ya no estaban allí.

—¡Mientes!—volvió a decirle Eddie. Pero después de un minucioso registro pudo convencerse que tal vez por única vez en su vida había dicho la verdad.

Amarrado, tal como lo tenía, lo condujo al castillo y presentándoselo a la condesa, le dijo:

—Ya tenemos aquí al único fantasma que había, aunque las joyas no las tiene, ni quiere decir dónde las ha ocultado.

—Es inútil que las busque—exclamó en aquel instante el mayordomo, que se presen-

tó de improviso—. Las joyas están en mi poder. Las quité yo, antes de que este hombre pudiera apoderarse de ellas. Desde hace un año vengo siguiéndole los pasos. Soy detective de un importante Banco de Norteamérica, donde este individuo había cometido varios robos—. Y enseñando la documentación que justificaba su personalidad se apoderó del detenido, a la vez que entregaba a la condesita las joyas robadas.

La triste nube que durante algún tiempo se había cernido sobre el pintoresco castillo de Arrebol, desapareció para siempre y en su lugar un amor noble y puro había nacido entre dos almas que se comprendían mutuamente, sin que ninguna de ellas se atreviera a confesarse.

Eddie, a instancias de la joven condesa, la había enseñado a tirar el lazo y un día ésta lo tiró sobre él y cuando lo tuvo sujeto, le dijo:

—Ahora es usted mi prisionero y lo entregaré a la justicia.

—Le advierto que yo no he robado nada y no tendrá usted pruebas para hacerme condenar—respondió Eddie sonriendo.

—No tengo pruebas, pero tengo un testigo que no miente—contestó ella.

—¿Cuál?—inquirió el americano.

—Mi corazón—repuso la muchacha.

Y un beso fuerte impregnado de toda la

inmensa pasión que unía sus corazones selló aquel pacto de amor, aquel amor que con su fuerza invisible había hecho desaparecer los fantasmas que querían turbar la felicidad a que se habían hecho tan acreedores.

F I N

P R O X I M O N U M E R O

El Ciclón de Arizona

La sin igual novela de costumbres del Oeste, interpretada por el actor

FRID HUMES



Postal:

CORINNE GRIFFITH

Las Grandes Novelas de la Pantalla

La primera novela
cinematográfica

TOMOS A 2 PESETAS

Las dos niñas de París	Sandra y Biscot
Judex	René Cresté
La nueva misión de Judex	René Cresté
La huérfanita	Sandra y Biscot
Barrabás	Biscot y B. Montel
La coqueta irresistible	Constance Talmadge
Pariset	Sandra y Biscot
Por la puerta de servicio	Mary Pickford
La amordazada	
Pimentilla	Dorothy Gish
El hijo del pirata	S. Gerard y Sandra
Los parias del amor	
Esposas frívolas	Von Stroheim
La dueña del mundo	Mya May
La tragedia del correo de Lyon	R. Carl y B. Montel
Ricardo Corazón de León	Wallace Beery
El huérfano de París	R. Poyen "Minutillo"
Dorotea Vernón	Mary Pickford

TOMOS A 1'50 PESETAS

El signo del Zorro	Douglas Fairbanks
El hijo de la parroquia	Jackie Coogan
El milagro	Tomás Meighan
El ladrón de Bagdad,	Douglas Fairbanks
Don Q. hijo del Zorro	Douglas Fairbanks
La pequeña Anita	Mary Pickford
La quimera del oro	Charles Chaplin
El niño de las monjas	Mercedes Astolfi
El Aguila Negra	Rodolfo Valentino
El pirata negro	Douglas Fairbanks
El sol de media noche	Laura La Plante
¡Mi hijo antes que nadie!	Germaine Rouer
Resurrección	Rod La Roque
Jaque a la Reina	Mrs. y Mme. Dullin
El Gaucho	Douglas Fairbanks
La Cabaña del tío Tom	James B. Lowe

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado núm. 707 - Barcelona

36 765

COLECCIONE USTED LOS CELEBRES
TANGOS Y AIRES ARGENTINOS
POR SUS PROPIOS CREADORES

PIDA LOS ULTIMOS EXITOS:

BIANCO BACHILIA Galleguita. - Lo han visto con otra. - Crepúsculo. - Esclavas blancas. - Desengaño. - ¡Siempre!... - Desilusión. - ¡Angustia! - Congojas. - ¡Che, papusa, oí! - ¡Plegaria!... - Incertidud. - Piedad. - Por Florida. - ¡Celosa! - ¡Araca corazón. - Bandoneón arrabale o - No te engañes corazón! - etc. etc.

Orquesta Típica MAREUCCI Con los tangos de moda: Dandy! - El Ciruja. - Tus besos fueron míos. - La última copa! - Niño bien. - Esta noche me emborracho. - Pedacitos de papel. - El carrerito. - Adiós muchachos. - ¡Simpática muchachita! - Hijos de nadie. - etc.

LOS MEJORES TANGOS Con los grandes éxitos: Buenos Aires. - Mi noche triste. - Padre nuestro. - Patotero sentimental. - La copa del olvido. - La cieguita. - Maldito angio. - No le digas que la quiero. - Carnaval. - Sufrá! - etc. etc.

SPAVENTA Decí, Pebeta, porqué? - Pobre mascarita. - Entre sueños. - El tirador plateao. - Torca-cita. - Otra copa y se acabó!... - ¿Que vachaché? - ...Y relas como loca. - Adónde vas Pierrol...? - Patoteros. - Milonga. - Flor de Fango. - El taita ladrón. - etc., e c.

LINDA THELMA A la luz del candil. - Insomnio. - Cuando llora la Milonga. - Volvé al colorro. - Cuánto te quiero. - Hermosa guitarra mía. - Si e' la quisiera volver. - Recuerdos. - Caminito. - Margaritas porteñas. - ¿Por qué me llama? - Pobre mi caballo bayo. - Mi paisana. - etc., etc.

Precio: 30 cénts. el tomito

ENVIAMOS CATÁLOGOS GRATIS
SOLICITAMOS CORRESPONSALES

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona